LA EXPRESIÓN LECTORA

Concha de la Hoz Fernández
Universidad de Oviedo

> «Como hay que pensar lentamente, hay que leer lentamente si se quiere leer con provecho» (Emilio Fauguet)

Todos sabemos que las destrezas orales -*expresión oral* y *comprensión auditiva*- junto a las destrezas escritas -*expresión escrita* y *compresión lectora*-, constituyen las cuatro destrezas lingüísticas básicas y definen la competencia comunicativa en una determinada lengua, con lo cual, la *expresión lectora* podría ser considerada tanto una subdestreza oral como una subdestreza escrita, pues como su nombre indica hace referencia, al mismo tiempo, al hablar y al leer, y leer bien, expresar bien lo leído ayuda a mejorar nuestra competencia comunicativa.

En el caso de los alumnos de ELE, aunque éstos en general tienen una buena predisposición hacia el español y su cultura, una lectura bien expresada y bien entonada puede despertar en ellos el gusto por leer más en español e incluso por la literatura en lengua española. Debemos, por tanto, transmitir a los estudiantes que leer, decir palabras en voz baja, a media voz o en voz alta puede ser tan placentero como tararear o cantar una canción. Señala Susana Pastor Cesteros que:

> Normalmente, *el lector competente en L2* suele ser alguien a quien le gusta leer y que escoge sus propias lecturas; un aprendiz, en definitiva, que es también un buen lector en L1, por lo que es capaz de transferir sus estrategias de lectura de la lengua materna a la extranjera. (2004: 204)

Centro Virtual Cervantes

De lo cual podríamos deducir a priori que un lector competente en L2 ha de serlo también en su lengua materna. Pastor también nos explica qué es para ella un lector competente:

> Éste es el que lee habitualmente en silencio y se centra más en el sentido que en la forma, el que lee con rapidez, es flexible y no lee siempre del mismo modo, infiere el significado de las palabras o frases que desconoce, jerarquiza la información del texto o se anticipa a lo que está leyendo. (2004: 204)

En *Instrucciones para enseñar a un niño a leer*[1], Gustavo Martín Garzo nos dice que:

> Conviene empezar cuanto antes. […] Por eso los adultos deben contarle cuentos [al niño], y sobre todo, leérselos. Es importante que el futuro lector aprenda a relacionar desde el principio el mundo de la oralidad y el de la escritura. Que descubra que la escritura es la memoria de las palabras. […] Pero los libros [...] no basta con saber que están ahí, sino que hay que encontrar la puerta que nos permite entrar en su interior. Y la llave que abre esa puerta nos tiene que ser entregada azarosamente por alguien. […] Piense [no obstante] que la lectura no siempre nos hace más sabios ni más inteligentes, ni siquiera más buenos o compasivos, y que bien pudiera ser que ese niño que adora fuera como los bosquimanos, que tampoco leyeron una sola línea y eso no les impidió concebir algunos de los cuentos más hermosos que se han escuchado jamás.

Tras esta pequeña síntesis del artículo de Martín Garzo nos preguntaremos entonces: ¿es quizá un lector competente el que ha crecido rodeado de palabras y ya hace tiempo que ha descubierto que son las palabras las que nos permiten relacionarnos con un mundo más allá del mundo presente, más allá del mundo real?

El lector competente quizá ha sido en su infancia el receptor de cuentos leídos por sus padres o abuelos a los pies de la cama, en la intimidad de un cuarto en el que al tiempo que las palabras -en voz alta, no lo olvidemos- han entrado patitos feos, príncipes felices, indios, chocolate, duendes, piratas, hadas, caballeros, saltamontes, ballenas, nubes, monstruos, gatos invisibles... y toda suerte de personajes creados por la mano de cientos de autores de épocas, estilos y lenguas diferentes a la suya. Primero se colaron en la habitación gracias a una voz prestada que, casi sin darse cuenta, le ha llevado después a una lectura, probablemente ahora silenciosa, pero que no por ello ha de dejar de ser arrebatadora.

---

1. Artículo publicado el 17 de abril de 2003 en el suplemento *Blanco y Negro Cultural* del diario *ABC*.

Centro Virtual Cervantes

Pero insistiendo en la lectura en voz alta, debemos tener en cuenta que esta debe hacerse así, en público, en la vida diaria, en muchas profesiones y en múltiples ocasiones, bien para expresar nuestras reflexiones sobre un tema, en el caso de una comunicación, por ejemplo, bien cuando queremos captar entre nuestros estudiantes adeptos a la lectura en español o a la lectura de literatura en lengua española... pero eso únicamente lo conseguiremos si sabemos interpretar bien lo escrito, pues solo así haremos llegar con claridad nuestras ideas o las de otros a nuestros receptores.

Es cierto que la lectura es la mayoría de las veces un proceso individual y silencioso y que su principal objetivo ha de ser la comprensión de lo escrito, pero cuando nos enfrentamos en un aula de ELE a un grupo de estudiantes que han elegido español, entre otras razones, por su sonoridad o porque quieren llegar a leer en español a autores que conocen perfectamente pero a los que han leído traducidos, el profesor de ELE se enfrenta a una doble responsabilidad: por una parte, a enseñar español con la mayor corrección fonética posible y, por otra parte, a no defraudar al estudiante que espera que García Lorca o García Márquez suenen mejor aún en la lengua en que escribieron, de ahí la importancia de una buena lectura, de saber interpretar lo escrito, lo cual no debemos confundir con leer con expresividad. Quede claro entonces que debemos diferenciar la *expresión lectora* de la *lectura expresiva*... lo segundo ya llegará más tarde.

Es pues la *expresión lectora* la que debe hacer reflexionar al profesor de ELE, especialmente en las clases de Fonética y Fonología, sobre algo más que en la pronunciación de vocales y consonantes, la diferenciación de palabras átonas y tónicas, la acentuación de las palabras, la relevancia de los signos de puntuación, etc. Todo ello es absolutamente necesario ya que un estudiante de español que quiera leer bien debe conocer en su integridad tanto los mecanismos de lectura como las estrategias lectoras -como el reconocimiento de *los grupos fónicos*- que junto a todo lo anterior le llevará a una lectura eficaz que hará que comprenda lo leído y que disfrute de la lectura: el texto nace para ser vivido, para ser leído, para ser compartido y qué mejor forma de hacerlo que leyendo en voz alta o leyéndoselo a los demás… De hecho, todo texto que no haya sido leído es un texto yermo, un soliloquio, una obra en cierto modo inacabada hasta que da comienzo el diálogo entre autor y lector.

Decía Balzac: "Leer es crear entre dos". Transmitamos ese pensamiento a nuestros estudiantes y les estaremos invitando a leer de una forma reflexiva, algo que se tarda años en aprender a hacer bien, pues como señala Montserrat

Centro Virtual Cervantes

Sarto (1998: 16) "la lectura requiere una educación" y añade "los adultos, y podemos incluir en este grupo a muchos maestros y profesores, no son lectores. Se les escapa la profundidad de un libro, el contenido de un artículo, incluso la explicación del medicamento que acompaña unas cápsulas".

Cuando leemos hay que poner en juego otros elementos valiéndose de la interiorización de lo leído para que el alumno se forme sus propios esquemas como lector, conduciéndole a ejercitar el pensamiento, llevándole al sentido crítico para que el discernimiento sea para él una ayuda en su vida.

Dice Sarto también (1998: 16): "Podrá darse el caso de que luego, lea o no, se aficione o no a la lectura, pero estará capacitado para leer en cualquier circunstancia".

Hace ya unos años, cuando el primer director de los Cursos de español de la Universidad de Oviedo, Francisco García González, me pidió que me enfrentara a una clase de Fonética y Fonología de nivel avanzado destinada a un grupo de profesores norteamericanos de español. Les expliqué lo más importante de todo lo que yo había estudiado en la carrera sobre esas materias con la mejor de mis intenciones y en un mes.

Les hablé del signo lingüístico: del plano de la expresión y del plano del contenido; de los monemas: de lexemas y morfemas; de fonemas y archifonemas; dibujamos las curvas de entonación de los principales esquemas entonativos; hicimos ejercicios de fonética articulatoria y auditiva, y también, día sí, día no, realizábamos la transcripción de un texto cualquiera... Sí, lo confieso, hice transcripciones en clase de ELE, como otros compañeros, como muchos al principio… Y con tanto trabajo le dejamos poquito espacio a la lectura. ¡Qué importancia tenía! Al fin y al cabo, todos tenían un nivel de español muy bueno, ya eran profesores de español, la mayoría me doblaba la edad... ¡No les iba a enseñar a leer! Eso lo hacían muy bien ellos solos y muchos sabían de la literatura en lengua española y en especial de la literatura hispanoamericana títulos que yo sólo conocía de oídas... No, mejor practicar la acentuación, que bien razonada no presenta ninguna dificultad y, eso sí, trabajar con la puntuación, que era lo que más les preocupaba a todos, pensando que en ella estaba la clave para escribir o leer bien... Y fue así como nos centramos en la puntuación, sobre la cual apunta Cassany:

> Podríamos decir de la puntuación que solamente se echa en falta cuando no está. Puntos y comas pasan desapercibidos si ejercen su oficio con normalidad; pero los lectores nos quejamos en seguida si están mal puestos o si hay demasiados o demasiado pocos. […]

Centro Virtual Cervantes

> El primer error y el más común es olvidarse de los signos y enlazar una frase tras otra de manera que le toque al lector adivinar los perfiles de la prosa cortar las oraciones por los extremos dar sentido a las palabras y detenerse a respirar entonces la escritura se parece a una cinta de colores interminable que hay que sacar del ovillo y recortar en pequeños trozos para poder entender cómo se puede interpretar si no este fragmento.
>
> El extremo contrario, error también -pero más sofisticado (¡reservado para gente complicada!)-, y también habitual, consiste en poner signos, siempre, a diestro y siniestro, cada tres palabras. [...] Tienes, inevitablemente, la sensación -desagradable, en el fondo- de no poder, pese a las ganas, avanzar, leer, tan rápido, y claro, como querrías.
>
> En resumen, ni desusos ni abusos. [...] Puede que solamente se considere una falta la ausencia de signos o los patinazos graves (como la coma entre sujeto y verbo...), pero cualquier signo de más tiene también incidencia en el ritmo final del discurso. (1995: 184-185)

Llegados a este punto, me di cuenta de que tanto a mí como a los estudiantes-profesores lo que más nos preocupaba era *la coma* y fue entonces cuando decidí, como en muchas ocasiones, consultar a Moliner, que empieza la explicación sobre este signo de puntuación diciendo lo siguiente:

> La coma es el signo de puntuación de uso más arbitrario. [...]. Ahora bien: ni todas las pausas con que se modula el lenguaje hablado se transcriben en el escrito, ni todas las pausas que se representan con comas, obedeciendo a las reglas del uso de este signo, se hacen siempre en el lenguaje hablado. [...] Esto quiere decir que, en cuanto al uso de la coma, hay muchas diferencias entre los escritores escrupulosos en ese punto y los más despreocupados; en general, es de recomendar que, antes de sembrar de comas un periodo, se pruebe a leerlo sin alguna de las que primero se le ha ocurrido poner al escritor. (1986: II, 889)

¿Qué nos está diciendo entonces María Moliner? ¿Que tengamos precaución en el uso de la coma o que les quitemos comas a García Lorca y a García Márquez?... Hombre, lo segundo sí que no; ni yo osaría hacerlo ni iba a permitir a mis estudiantes -por mucho que fueran profesores- que profanaran un texto de un autor de mi lengua. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Pero hete aquí que andando el tiempo llega José Antonio Millán preguntándose cuál es el espacio de la puntuación:

> ¿Para qué sirve la puntuación? Para introducir descansos en el habla (pero no se descansa en cada signo, y se puede descansar donde no hay signos), para deshacer ambigüedades (pero no todas pueden eliminarse mediante la puntuación, ni éste es el único modo de hacerlo), para hacer patente la estructura sintáctica de la oración (pero esto se hace también por otros medios), para marcar el ritmo y la melodía de la frase (aunque no

Centro Virtual Cervantes

> todos los signos tienen esos efectos), para distinguir sentidos o usos especiales de ciertas palabras (pero para eso se pueden usar también tipos de letra, como la cursiva), para citar palabras de otro separándolas de las propias (pero eso se logra también con tamaños de letra y sangrados), para transmitir estados de ánimo o posturas ante lo que se dice o escribe (pero no todos tienen un correlato en la puntuación, ni éste es único), para señalar la arquitectura del texto (pero eso también lo hacen los blancos, y las mayúsculas). (2005: 159)

En fin, viendo cómo andaba el tema, fue entonces cuando decidí que en la clase de Fonética y Fonología lo mejor era dedicar más tiempo a la lectura, aunque la verdad era que yo no podía enseñar a mis alumnos a leer bien porque yo no sabía leer bien y antes, obviamente, debía aprender... Y no les miento si les digo que tardé más de veinte años en descubrir la importancia vital que para una buena *expresión lectora* tienen *los grupos fónicos* de los que Navarro Tomás ya había hablado en 1918, en su *Manual de pronunciación española*: "El grupo fónico es [...] una unidad fonética importante" (1977: 30).

¡Ahí estaba la clave! En *los grupos fónicos*... Y quizá ustedes lo saben perfectamente, pero yo tardé tanto tiempo en tener conocimiento de ellos y me parecen tan fundamentales para leer bien en una lengua como el español en la que los signos de puntuación no nos ayudan tanto como nos gustaría, que solo en el momento en que empecé a marcarlos, en cualquier texto que debiera leer en voz alta, empecé a estar satisfecha de mis lecturas... Y fue así como en clase de Fonética y Fonología comenzamos a llenar los textos de diferentes autores de rayitas verticales marcadas suavemente con lápiz, fue así como empezamos en el aula de ELE a hacer diferentes lecturas de un solo texto, fue así como empecé a hablarles a mis alumnos de la *expresión lectora* y fue así como conseguí que estudiantes de diferentes lenguas -especialmente los asiáticos- se sintieran cómodos leyendo en español, compartiendo en voz alta lecturas de textos trabajados por ellos, en casa o en clase, en los que previamente debían señalar *los grupos fónicos*... Fue así como estudiantes de diferentes lenguas y nacionalidades fueron capaces de crear en el aula muchos de esos momentos mágicos de emoción y sorpresa, que solo la lectura compartida puede provocar.

En el recuerdo de todo el grupo de un curso de Fonética y Fonología ha quedado el silencio que se hizo en el aula tras la lectura de un poema de León Felipe por un alumno chino que siempre se disculpaba antes de leer por hacer -decía él- más pausas que los demás en la lectura.

La lectura que este chico hizo, fue la siguiente:

Centro Virtual Cervantes

Yo ‖ no sé muchas cosas, ‖ es verdad. ‖
Digo tan sólo ‖ lo que he visto. ‖
Y he visto: ‖
Que los gritos de angustia ‖ del hombre ‖ los ahogan con cuentos... ‖
Que el llanto ‖ del hombre ‖ lo taponan con cuentos... ‖
Que los huesos ‖ del hombre ‖ los entierran con cuentos... ‖
Y que el miedo ‖ del hombre ‖
Ha inventado ‖ todos los cuentos. ‖
Yo ‖ sé muy pocas cosas, ‖ es verdad. ‖
Pero ‖ me he dormido ‖ con todos los cuentos... ‖
Y sé ‖ todos los cuentos. ‖

(De *Versos y blasfemias de caminante,* 1950)

Asomaron lágrimas en los ojos de muchas chicas, no se oía de nadie la respiración… Hasta que un estudiante estadounidense rompió el silencio con un aplauso que fue seguido por otros muchos, por los aplausos de todos los que estábamos en el aula... Y por una nueva reflexión sobre *los grupos fónicos*, que no siempre se corresponden con grupos sintagmáticos, pero sí con *unidades de sentido* o del sentir que impregna la lectura personal de un texto.

Vivimos aprisa, hablamos rápido, leemos a velocidades y pensamos que cuanto más leamos mejor. En las clases de literatura les pedimos a los estudiantes que realicen trabajos de *prelectura*, de *lectura* y de *poslectura*... Pero ¿dónde queda el placer de la lectura por la sonoridad de las palabras, por la entonación de las frases?... Debemos pararnos a reflexionar más sobre los cuestionarios que en muchas ocasiones los estudiantes rellenan el primer día de clase.

Se les pregunta con frecuencia: ¿Por qué estudias español? ¿Por qué has elegido la asignatura X? ¿Te gusta leer? ¿Conoces a algún autor español o hispanoamericano? ¿Lees en español? ¿Cuáles son tus lecturas preferidas?, etc. Pero luego metemos los cuestionarios en una carpeta y ahí se quedan medio olvidados, que mañana es otro día y tenemos que empezar con el programa... No debería ser así. Volviendo a la asignatura de Fonética y Fonología, cuando los estudiantes eligen una materia como esta es principalmente por dos razones: porque quieren mejorar su pronunciación o porque les gusta cómo suena el español... Por eso en clase o en el laboratorio de idiomas escuchamos a Amaral, a Juanes o a Maná, pero antes de ellos el español ya era sonoro. Fijémonos en los romances tradicionales, estupendos para practicar los gru-

Centro Virtual Cervantes

pos fónicos, pidamos a los estudiantes que memoricen un poema, que asuman el papel de un personaje en una pequeña obra de teatro o que nos obsequien los oídos con el fragmento de una de sus obras preferidas y habremos logrado, gracias a la *expresión lectora*, muchos de los objetivos que nos planteamos con la lectura. A saber:

- Ejercitar la observación
- Dar importancia a la reflexión
- Leer en profundidad
- Dar relevancia a la forma de expresar una idea
- Comprender lo leído
- Leer en grupo
- Lograr el dominio de uno mismo
- Superar el complejo de la lectura en voz alta
- Compartir los sentimientos
- Comunicar al otro los propios descubrimientos
- Enriquecer la propia lectura con el descubrimiento que hacen los demás
- Educar por igual el gusto por la narrativa, el teatro y la poesía
- Estimular la expresividad
- Leer con capacidad de interpretación
- Valorar el silencio, la buena dicción y la entonación

En resumen: Valorar la lectura bien hecha.

Dice el filósofo José Antonio Marina:

> Uno de los dogmas más contundentes de nuestra cultura dice que una imagen vale más que mil palabras. En cierto sentido es irrebatible. [...] La lectura nos parece más lenta que la imagen porque en la imagen lo vemos todo de golpe, mientras que el lenguaje está expuesto en líneas. Pero es precisamente al poner en líneas lo que vemos en bloque cuando la inteligencia se desarrolla, porque entonces puede explicar las cosas, es capaz de razonar, de decidir justamente, de elaborar planes. Aquí está la gran utilidad de la lectura, que nos enseña a explicar y a explicarnos lo que somos, lo que sentimos, lo que nos ha pasado, lo que nos gustaría que sucediera. [...] Huir de la línea escrita es huir del argumento, de la razón, de la claridad, del análisis, de la capacidad de crítica. Es, en último término, abdicar de la libertad. La ignorancia es iletrada. (Cf. Sarto, 1998: 10-11)

Y leer, leer bien es una habilidad que algunos estudiantes extranjeros han adquirido antes en ELE que en su lengua materna, de ahí que, basándome en

Centro Virtual Cervantes

la realidad del aula, me atreva a disentir un poquito de la opinión de Pastor (2004: 204) sobre el lector competente en L2. Recordemos que en palabras de esta profesora "un aprendiz de ELE es también un buen lector en L1, por lo que es capaz de transferir sus estrategias de lectura de la lengua materna a la extranjera"… Pero, tras hablarles a los estudiantes de la *expresión lectora* y de practicar con ellos la lectura en clase en voz alta, tengo la satisfacción de que hasta hoy han sido muchos los estudiantes que, a final de curso, me han dicho que ahora les gusta leer más que antes, que ahora, aunque sea en su cuarto, siempre leen en voz alta y que ahora probablemente leerán mejor en su lengua materna…

Tan entusiasmados veo a algunos de ellos que pienso si no acabarán abrazando la profesión de lector o de lectora de por vida, por lo que antes les recomiendo -como a ustedes- que vean *La lectrice*[2], una película francesa deliciosa que les abrirá los ojos sobre los peligros de la lectura, que también los tiene, si bien todos sabemos que, aunque sea leyendo, mejor es vivir la vida intensamente.

Bibliografía

CASSANY, D.: *La cocina de la escritura*, Barcelona: Anagrama, 1995.

MILLÁN, J. A.: *Perdón imposible: Guía para una puntuación más rica y consciente*, Barcelona: RBA, 2005.

MOLINER, M: *Diccionario de uso del español*, Madrid: Gredos, 1986, 2 vols.

NAVARRO, T.: *Manual de pronunciación española*, Madrid: Revista de Filología Española, 1977.

PASTOR, S.: *Aprendizaje de segundas lenguas: Lingüística aplicada a la enseñanza de idiomas*, Alicante: Universidad de Alicante, 2004.

SARTO, M.: *Animación a la lectura con nuevas estrategias*, Madrid: SM, 1998.

2. *La lectrice (La lectora)*, de Michel Deville, Francia, 1988.

Centro Virtual Cervantes